

Julián Meza

El informe Chicago

A Edén, que se fugó del Antiguo Testamento

Fuimos a Chicago porque nos dijeron que ahí vivía nuestro abuelo, un tal Harry J. Hutchinson, que hace sesenta años dejó Harvard por Chicago, después de haber dejado, diez años atrás, Columbia por Harvard, y cinco años antes de haber abandonado a nuestra abuela, que emigró como cuáquera con sus nueve hijos, todos ellos adultos y algunos ya casados, a México, en donde fundó una memorable escuela de enseñanza secundaria y preparatoria que ahora lleva su prestigioso nombre y cuenta con un buen número de sucursales sembradas como melocotones por todo el país.

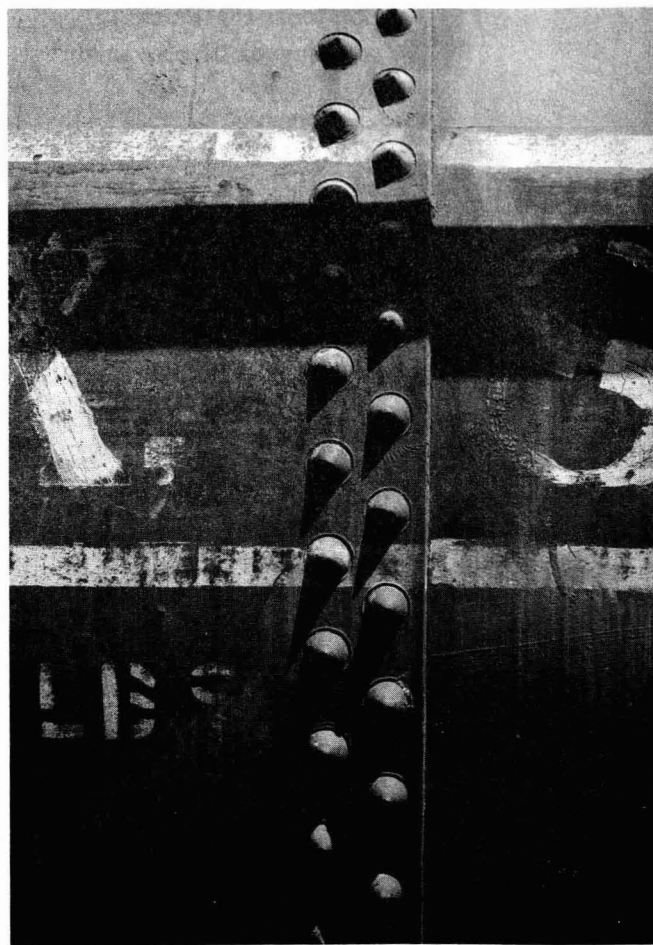
El abuelo Hutchinson era lo que se llama un ciudadano ejemplar, un hombre recto, un barón, un auténtico liberal. Desde niño mostró una clara tendencia a la mesura: jamás comía dos peras si su estómago le decía: "sólo puedes comer una". Fue buen hijo y mejor hermano. Como estudiante resultó insuperable: a los dieciséis años ya estaban en Yale, en donde realizó brillantes estudios de astronomía, música, química, teatro, jurisprudencia, filosofía, botánica y pedagogía. Preocupado por la desastrosa situación de los estudios en las universidades norteamericanas provocó una revolución cuando todavía era un joven profesor. Apoyando por su maestro Geoffrey Dryden introdujo cambios radicales en los programas de literatura de la Universidad de Columbia. Cambió la *Historia eclesiástica* de Bede por el *Timón de Atenas* de Shakespeare, la *Visión de Piers Plowman* de Billy Bud por *Moby Dick* de Melville y la *Reina de las hadas* de Spenser por el *Origen de las especies* de Darwin. Creía firmemente que aprender a leer con las memorias de un marinero no produce gente culta, que practicar la lectura con el diario de un psicópata no crea buenos ciudadanos y que las viejas reinas puritanas no educan.

Chicago es una gran ciudad. O por lo menos eso nos pareció cuando paseábamos distraídamente por el *Loop*, en donde buscamos y no encontramos al abuelo. Esta ciudad es tal vez, me decía entonces, con una indescriptible cara de bobo que retaba al vértigo de los rascacielos desde el terrenal piso, de las más modernas de Norteamérica. Está muy por encima de Houston y Denver y sus ridículos edificios que parecen pasteles o champiñones y despiden olor a rodeo desinfectado, aunque no se puede comparar con la sodomizada Nueva York y la lesbica San Francisco. Pero Chicago también es grande

por otras razones, que no tienen nada que ver con el hecho de ocultar celosamente al abuelo.

Chicago es, me imagino, propiedad de los *Universal Studios* o de la *Paramount Pictures*, pues me recuerda de manera insistente los sets que veo reiteradamente en todas las películas cuya acción tiene lugar en Chicago, o en Indiana, en Detroit, en Nevada, en otras partes de la Unión y hasta en las islas tropicales en donde los narcos tienen sus fincas, sus mujeres, sus plantíos, sus lacayos, sus carrazos, sus metralletas, sus caballos, sus abogados, sus patinetas y sus pistas de aterrizaje.

Chicago no es, además, contra lo que frecuentemente se cree, una ciudad racista. En el aeropuerto hay toda clase de negros serviciales, sonrientes (como sólo los negros saben



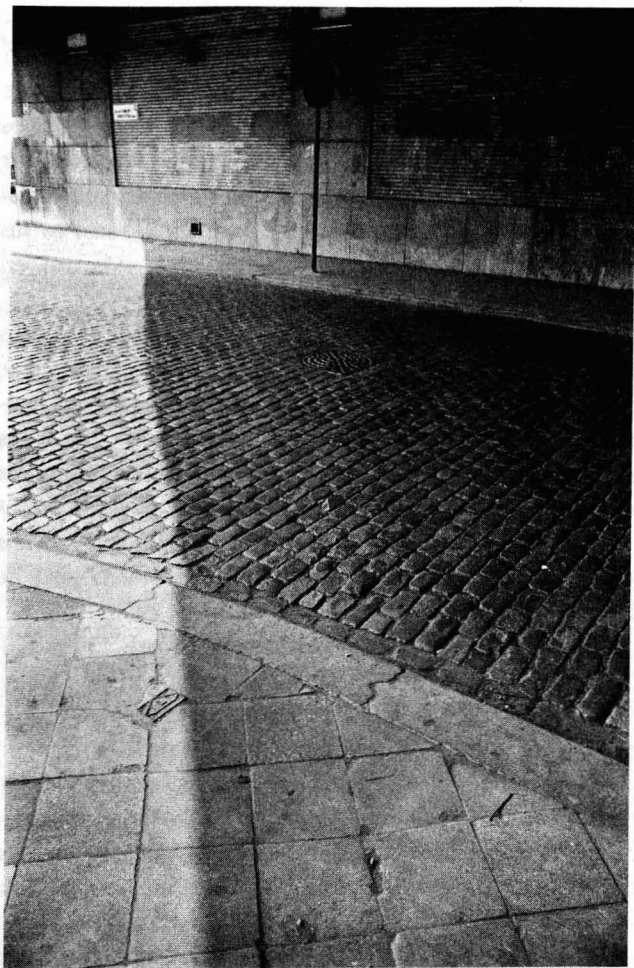
sonreír: con todos los dientes y aun con las encías) y al parecer honrados, que se conducen casi como blancos, pese a que nunca supieron responder afirmativamente a la pregunta que en forma reiterada les hicimos: ¿conoce al abuelo Hutchinson? Estos negros abordan aviones de todas las compañías, que vuelan en todas las direcciones (lo mismo se dirigen a Alaska que a Singapur o a Bogotá), y acomodan sus grandes traseros negros al lado de los no menos descomunales traseros blancos de los demás ocupantes de los asientos de primera clase, sin sentirse incómodos y sin incomodar, aunque a veces mascan chicle con la boca abierta o hacen crujir escandalosamente las papas fritas que devoran con descuido. Claro está que también hay blancos y amarillos y texmex en el aeropuerto, pero todos estos no representan sino una muestra de las minorías de la Unión en ese aeropuerto de negros en donde, contra las expectativas de uno de mis aguerridos y ufanos acompañantes, pasamos rápidamente migración, atendidos por un amable y flemático individuo que nunca había oído hablar del abuelo y que probablemente es jugador de la defensiva de los Pielas Rojas de Washington, pues tenía cara de silbato colgante y estaba vestido de árbitro. Así que en ese aeropuerto hay de todo.

Pero una vez en el hotel en donde nos alojamos las cosas cambian, radicalmente. Ahí todo es negro. Es negro el *valet* que no conoce al abuelo ni recibe el coche y nos obliga a estacionarlo en medio de una docena de negros cochazos de negros. Es negra la recepcionista mal encarada que nunca oyó hablar del abuelo y que debe pesar unos 210 kilos, cosa que no sería grave si no le restara celeridad a los escasos movimientos necesarios para registrarnos. Es negro el maletero que bebe imperturbable una cocaola mientras esperamos pacientemente que la ballena negra nos entregue las llaves de nuestras habitaciones. El cuarto no es negro, o mejor: deja de ser negro y se vuelve horrorosamente rosado cuando el maletero negro obtura el encendido y se hace la luz, pero no aparece el abuelo.

El hotel está, debo decirlo, dentro de un barrio negro, dentro del cual se encuentra, a su vez, el campus universitario, pero como no quiero dar lugar a confusiones aclaro: en ese barrio los negros son los negros y la universidad es la universidad y el abuelo no aparece por ningún lado.

Dentro del barrio negro, o a su lado (dudo porque sólo estuvimos en Chicago unos cuantos meses, dedicados casi por completo a la búsqueda afanosa del abuelo), están el barrio chino, el tailandés y muchas otras rarezas amarillas, cobrizas o cetrinas que no percibí muy bien, pero también está, repito, la universidad.

En los restaurantes situados dentro del campus universitario, en donde insistentemente preguntamos por el abuelo, no se vende alcohol, porque el viejo Hutchinson lo prohibió, al igual que prohibió el fútbol americano, el canotaje, el blues, los negros y las orgías que originalmente celebraban tres veces por semana estudiantes y profesores en el maravilloso pabellón japonés edificado por Frank Lloyd Wright, y que más tarde se iban a realizar todos los viernes en un inmueble construido por Ludwig Mies van der Rohe para la *Commonwealth Promenade*.



Fuera del campus universitario, en donde resultó inútil preguntar por el abuelo, tampoco se vende alcohol en los restaurantes, tal vez por atavismo (el recuerdo de la ley seca es tan indeleble como la memoria de Al Capone) o por religiosas razones orientales. Así que si quieres ir a cenar con los amarillos primero vas a la *Liquor Store* más cercana y te agencias, si es necesario a punta de pistola, la bebida que más convenga a tus necesidades gastronómicas o a tu alcoholismo, a menos que te conformes con las salutíferas bebidas acuosas que habitualmente acompañan a los rollos de golondrina que se esparcen sobre la mesa como naipes.

Chicago es una universidad de estilo antiguo, hecha de *Colleges* que imitan a la perfección los *Colleges* ingleses, y en particular Cambridge y Oxford. Su neogótico es muy bonito, aunque nada tiene que ver con el gótico, pero la arquitectura no fue un capricho más del abuelo: cuando él llegó ahí los *Colleges* ya tenían cuarenta años de existir.

La religión de la Universidad de Chicago, ésta sí instituida por el abuelo en un momento de distracción, son las reuniones en los *Colleges*, a las cuales asistimos convencidos de que ahí sí nos ayudarían a localizarlo.

Ya en los *Colleges* conocimos a algunos profesores que habían oído hablar del viejo Hutchinson, pero que personalmente no lo conocían y no pudieron facilitarnos ninguna pista para rastrearlo. Estos profesores acostumbran reunirse en sus *Colleges* con frecuencia, pero de una manera bastante peculiar: se meten en algún auditorio, en una sala de juntas o en un

armario, en donde discuten acerca de las maneras de aproximarse a los modos como se deben conducir los profesores en las sesiones llamadas cursos, en donde se enseñan maneras de discutir los modos. También discuten acerca de otros tipos de maneras. La manera como, por ejemplo, se deben discutir los modos de discutir las maneras. Pese a su manía monotemática todos ellos son muy prácticos y nada les sale mal en sus reuniones, en sus cursos y, me imagino, en la vida real, en donde no hay huellas del abuelo.

Los profesores son muy simpáticos. Todos ellos blancos y limpios. Es verdad que hay uno que tiene por costumbre sacarse los zapatos durante las reuniones, y supongo que también en clase, y al cual no le vendría mal poner a remojar sus gordos pies en una bandeja de agua caliente al menos una vez a la semana. Este hombre, que seguramente padece sabañones, no sabía de la existencia del viejo Hutchinson, ni menos aun de Merleau Ponty, o de Deleuze, aunque buena parte de su tiempo la ocupaba en hablar de deconstrucción.

Hay otro profesor, probablemente criado y educado en Calcuta, que se presenta a las reuniones disfrazado de Menina y con mirada de Velázquez, el pintor, por supuesto, y no el mesero que negó al abuelo y nos atendió de mala gana en el restaurante alemán, en donde comimos un succulento hígado de ternera encebollado que bañamos con litros de una cerveza tan espesa como la tupida cabellera de ese otro profesor que nos recordaba a Merlín, el mago, por supuesto, y no al insensato vendedor rumano de unos elegantes almacenes que maltrató a unos de mis intrépidos acompañantes por haber



elegido seis pares de calcetines color mostaza y no, como él le quería imponer, una tetera húngara, unas tenazas australianas de hojalatero y tres pares de guantes para deshojador. Salvo estas rarezas, los demás profesores parecían normales, aunque ninguno de ellos conocía al abuelo.

Tras fatigantes meses de intensa búsqueda, aun en lugares tan insensatos como el viejo barrio polaco, las casas de citas, las fábricas de automóviles abandonadas, los antros de blues (saturados, es obvio, de negros), las minas frecuentadas por los ucranianos, los cines porno, la *Golden Mille*, las cloacas y, por caminos tan incomprensibles como misteriosos, los *Cloisters*, la Estatua de la Libertad, el *Lincoln Center*, el *Golden Gate*, la bahía de Tiburón, el viejo agujero situado en una céntrica calle de Nueva Orleans, Orlando, Nevada, el Cañon del Colorado, decidimos abandonar Chicago decepcionados, tristes, abatidos, convencidos de que nunca hallaríamos al abuelo, y de que si lo hallábamos ya nunca sería lo mismo.

Ya en el aeropuerto, a punto de abordar el avión que nos llevaría de regreso a México, un negro gigantesco y estrábico nos confió, casi en secreto, que poco antes de nuestra llegada el viejo Harry James Hutchinson había abandonado Chicago en compañía de una joven masajista oriental, probablemente lesbiana y animadora del grupo "También las morsas tienen derechos humanos", y que su destino probable era la Universidad de Hawaii, en donde pensaba fundar un nuevo *College* que pondría énfasis en el estudio de las culturas lapona, birmana y malagache, por considerar que están en el origen del pensamiento occidental. ◇

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

Gustavo Garza
Desconcentración, tecnología y localización
industrial en México. Parques y ciudades
industriales (1953-1988)

Beatriz Garza Cuarón e Yvette Jiménez de Báez
(editoras)
Estudios de folklore y literatura.
Dedicados a Mercedes Díaz Roig

Programa Interdisciplinario
de Estudios de la Mujer
Mujer y sida

Sergio Camposortega
Análisis demográfico de la mortalidad en
México, 1940-1980

Distribuidor exclusivo

